

TIEMPO DE RELATOS

Los 10 mejores
del IV Certamen Universitario
de Relato Corto

SERGIO C. FANJUL, BENJAMIN FIGUEROA,
GONZALO GÓMEZ, SHUNKO ILÁRRAGA, NINA MELERO,
DAVID PÉREZ, ALEJANDRO ROMERO, ENRIQUE RUBIO,
SUSANA SANZ, MARÍA DEL MAR TOSCANO



(A)

ÁMBITO
cultural

booket

El rey número doce

Finalista del

IV Certamen Universitario de Relato Corto:
Jóvenes Talentos Booket-Ámbito Cultural

Alejandro Romero Nieto

Estudiante de Filología Hispánica
en la Facultad de Filología
de la Universidad Complutense de Madrid

*Sol la bestemmia, ahì lasso,
la nenia tua sarà!*
MACBETH, Acto II

Existe donde se pone el sol un país entre dos mares. Este lugar se distingue del resto por una característica única: ha sido gobernado por doce reyes.

El primero de ellos fue un rey poco corriente. Solía pasearse todos los días por los jardines de su palacio con aire mayestático, mientras sus criados, perpetuamente atareados, preparaban en los mil fogones de las mil cocinas los manjares más deliciosos para su refinado paladar. O llenaban hasta el borde las doscientas bañeras de los doscientos baños con exóticos elixires traídos de países ignotos. O mullían los cien colchones de las cien camas de las cien habitaciones con sacos repletos de plumas de casuario, de manera que fuesen del agrado de la delicada espalda de Su Majestad.

Este monarca murió muy pronto. Creo que fue por un accidente de coche. Como de costumbre, no era él el que conducía. Lo hacía su chófer, que fue el que estrelló el vehículo una fría noche sin luna contra una farola que no daba luz. Por eso sus fieles, como moraleja para las generaciones venideras, decidieron que sobre su sepulcro apareciese gra-

bado este epitafio: «Procura hacer siempre las cosas por ti mismo.»

Le sucedió su hijo ilegítimo, cuyas costumbres, a pesar de lo que presumía la mayoría de los súbditos, no tenían nada que ver con las de su excéntrico progenitor. Este rey amaba a su pueblo, lo adoraba. Digo más: lo idolatraba. Tanto es así que todos los días, y no exagero, copulaba con un individuo elegido al azar de entre todo el censo, ya fuera varón o mujer, adulto o infante, culto o iletrado. Si quedaba satisfecho, Su Majestad solía premiar al afortunado con bienes infinitos. En cambio, si no le gustaba la actitud de su copulante podía condenarle a muerte sin remisión. Esto normalmente no pasaba ya que el rey, de natural jocundo, siempre quedaba saciado, de modo que hubo mucha «prostitución civil» en la corte por parte de gente que quería enriquecerse de forma fácil aunque, eso sí, un poco dolorosa. Durante sus últimos días de vida corría el rumor por la capital de que uno de sus postreros caprichos fue la *homonecrozoofilia*, es decir, la práctica del coito con cadáveres de animales machos. Pero tras su muerte se comprobó que esto no eran más que paparruchas, inventadas sin duda por la mente enferma de sus múltiples y odiosos enemigos.

Tal soberano murió a causa de una afección en el órgano sexual debido a sus exóticas fornicaciones masivas. Hubo tres días de luto en la nación y las exequias duraron seis meses.

Tras la renuncia de su primogénito, que quiso convertirse en actor metódico, será su hijo pequeño el que suba al trono de este país entre dos mares. Como ya he dicho, las costumbres de los vástagos a veces no son como esperan aquellos que los engendran. Y es que este monarca tenía la manía de adorar al dios Dionisio como si fuese su propio creador. Por eso mandó sembrar de viñedos las opimas tierras del país, para así poder obtener licores con los que regar sus noches orgiásticas de desenfreno. Pues habéis de saber que este rey se privaba por las fiestas nocturnas, a las que acudían los personajes más

pintorescos del continente, como por ejemplo duques sin duquesas, duquesas sin duques, condes que no eran condes o barones que eran baronesas. Al rey siempre le gustaba brindar en estas veladas, levantando su cáliz rebosante al grito de: «¡Salve, Dionisio, mi único dios!» y apurándolo de un trago. Y todos los que estuvieran allí presentes tenían que secundarle si no querían verse envueltos en un serio aprieto. De hecho, muchos murieron por un motivo tan banal como el de negarse a adorar al hijo de Sémele.

Todo el erario público, que era más bien poco, se agotó casi por completo por culpa de las diversiones palaciegas de este nefasto monarca. La bancarrota fue inevitable. Esto provocó que el país entrase en una dura guerra civil que duró cinco años, un día y ocho horas y media. De la contienda salió vencedora la estirpe de un nuevo soberano, con lo que hubo cambio de dinastía y una merecida paz que le costó al país millones de muertos.

El nuevo soberano dicen que era muy guapo. Según él mismo nos confesó, medía un metro ochenta, aunque de cerca aparentase menos. Tenía ojos azules y además su voz era grave y brillante, como de barítono de opereta. Su edad era un misterio para casi todo el mundo, porque nunca osó revelarla públicamente.

Este rey, que hacía el número cuatro, era un erudito, al igual que todos los de su dinastía. Le gustaba discutir de filosofía, arte o política con los más notables de la nación, a los que invitaba a tomar café a su palacio. Solía también plantear acertijos de extrema dificultad a su pueblo, y aquellos individuos que los adivinasen normalmente eran premiados con algún cargo nobiliario importante. Para que veáis de qué tenor eran las adivinanzas que proponía el rey os voy a exponer la que me hizo a mí la vez que fui a visitarle, la cual he de decir que no supe resolver: «¿Cómo es posible que tú seas yo y que yo no sea tú?» Nunca sabré la respuesta.

Este monarca se suicidó cuando se enteró de que su favorita mantenía un apasionado idilio con su secretario, quien, según confesó después la muchacha, tenía unas «dotes varoniles» abundantemente amplias en comparación con las de Su Majestad. Dicen que, cuando estaba a las puertas de Plutón, lanzó al mundo, entre estertores, la solución a su adivinanza más arcana: su edad. Cuando la supimos, ciertamente nos llevamos una gran desilusión, porque ya no íbamos a tener sobre qué discutir en las encendidas tertulias sabatinas.

Su hermano menor y rubio será el que se convierta en quinto monarca. Lo primero que hizo este caballero fue vengar a su antepasado condenando a muerte al audaz secretario y a su infame amante. Les hizo colgar de un castaño por los tobillos y encargó al mejor vate de la nación, elegido por Calíope, una composición que sirviera de aviso a futuros alborotadores para inscribirla en un cartel que se colocaría bajo los cuerpos putrefactos. La inscripción rezaba de este tenor:

*He aquí la punición
que les espera a los necios
que pretenden con desprecio
fornicar sin precaución.*

Estos cuatro versos dieron fama eterna a su autor, de manera que, desde ese mismo instante, fue nombrado poeta oficial del Estado y su impagable misión era cantar las glorias bélicas de la invicta milicia nacional y componer todo tipo de ditiambos reales.

Pero, continuando con nuestra historia, diré que este nuevo soberano era célebre porque tenía la peculiar costumbre de hablar con eufemismos, de manera que ni los cortesanos ni los ciudadanos eran capaces de entenderle cuando se dirigía a ellos. Para él, las guerras eran «conflictos», los dogmas «costumbres», los conservadores «tradicionales» y lo

moderno «innovador», entre otras muchas cosas que no recuerdo ahora mismo. De hecho, en vista del complejo vocabulario de este monarca, sus secretarios decidieron sacar a la luz un librito con el significado claro de todas y cada una de las palabras que utilizaba Su Majestad, para que así toda la gente fuera capaz de entenderle. Lo cierto es que la cosa funcionó y desde entonces, cuando el rey salía al balcón de su palacio y se dirigía a su pueblo con una frase como: «Me congratula en abundancia que hagáis acto de presencia en este lugar», todos sabían que quería decir que estaba muy contento de verles.

Este rey falleció tal y como había vivido: de forma confusa. Y es que durante la enfermedad que le llevó a la tumba, cuando los médicos le preguntaban acerca de una dolencia determinada, él respondía: «sí, con matices»; y, en algunas ocasiones, «no, con matices». De manera que, como los doctores no sabían a qué atenerse, le dejaron morir o, como el propio rey hubiera dicho, «le aplicaron la eutanasia».

A partir de este punto, la pequeña península comenzó a vivir tiempos aciagos y oscuros. La monarquía se corrompió hasta tal punto que ninguno de los reyes que hubo tras éste murió en su cama.

Y es que el sexto monarca promulgó una ley que muy pronto se convirtió en decreto y fue la manzana de la discordia entre los políticos de la nación. Esta ley exponía que la religión oficial del estado era el *scorsesismo*, es decir, una religión que tenía a Martin Scorsese como dios y a Robert De Niro como profeta. El decreto regio obligaba a que se levantaran estatuas de ambos en todos los parques de la corte. Y a que se construyeran templos en donde sacerdotes calificados se preocuparían por llevar a sus fieles por el camino correcto de la doctrina verdadera. Y a que en ellos se leyese el Libro Sagrado, en el que estaban compendiadas todas y cada una de las sabias enseñanzas del profeta.

Pero muy pronto esta religión encontró unos duros opositores: los *orsonwellianos*. Éstos consideraban que los *scorsesianos* adoraban a un falso dios y que la única divinidad verdadera era la suya: Orson Welles. Por eso llevaron a cabo una fuerte campaña de intoxicación con objeto de que su religión se convirtiese en la única válida y oficial. Tanto es así que un día, durante un pase colectivo de *Toro salvaje* al que, como siempre, acudía el rey, el líder de la secta *orsonwelliana*, que estaba infiltrado entre la masa de fieles, asestó una puñalada a este sexto monarca que, tras un grito de dolor, cayó al suelo y pereció. Fue inquietante porque yo estaba allí y recuerdo que el rey murió justo en la escena en la que el profeta decía eso de: «¡Oye, Ray! ¡Ray...! ¡No he caído, Ray! ¡No me derrotaste, Ray!», de manera que su fallecimiento, al relacionarlo con esas palabras, se convirtió en algo paradójico. Siempre he reflexionado sobre ello, pero nunca he sacado nada en claro.

El asesino no sólo no fue juzgado sino que además se convirtió en el nuevo soberano y se hizo llamar Harry Lime en homenaje a su dios. Entonces las cosas cambiaron, porque todo lo que había promulgado el príncipe anterior ahora fue derogado. Se derribaron los ídolos venerados fruto del antiguo culto, para dar paso a las efigies del nuevo y único dios. En los templos aparecieron sacerdotes fieles a las doctrinas *orsonwellianas*, y los antiguos fueron juzgados en tribunales parciales y quemados en piras, acusados de herejes. La apostasía era algo cotidiano, de manera que el pueblo pronto asimiló la nueva religión sin problemas. El ejército luchaba ahora por la patria y por Orson Welles. Todo era como antes, sólo que con ropas recién tejidas.

Empero, esto pronto acabó. El séptimo monarca fue asesinado por su cocinero mientras veía *Sed de mal* en el salón de palacio. El magnicida, utilizando su condición privilegiada de jefe de fogones, había vertido un tósigo infalible en la copa

de Su Majestad. El rey murió, pero había rey. Y sabía preparar succulentas sopas de marisco.

A partir de entonces, el país entre dos mares tuvo un rey cada año. Este nuevo monarca optó por una política totalmente distinta a la del anterior. Decidió cambiar por completo la fisonomía de la ciudad, y por ello llenó la corte de palacios suntuosos, bañados de oro y jade, para, según decía él, poder mostrar al mundo el esplendor de su reinado. Pero lo cierto era que para lo único que servían era para alojarle a él y a su familia en sus largos y aburridos descansos estivales. Y además este monarca tenía la horrible manía de no avisar nunca a cuál de ellos iba a ir, de manera que los cocineros tenían que preparar en todos y cada uno de los palacios desayuno, comida, merienda y cena para seis, porque si no podían sufrir en sus carnes el amargo trago de la flagelación. Aquel que fuese elegido por el soberano para pasar el tiempo era adornado de arriba abajo con galas magníficas y los cómicos más excelsos de la población pasaban por allí para entretenerle y así ganarse la gracia de Su Majestad. Sin embargo, en el resto de palacios que no habían sido del agrado del rey, cada día se tiraban al mar toneladas y toneladas de comida. Esto provocó que los recursos se agotaran de forma alarmante. De modo que un golpe de Estado derrocó a este octavo rey, que se fue a pasar sus días como ermitaño a una tierra desconocida. Su familia marchó con él, así que ni la reina ni los príncipes tuvieron la posibilidad de suceder a su amado progenitor y esposo.

El líder del golpe fue un individuo muy gordo y muy feo elegido por el pueblo llano, que veía cómo su gente moría de hambre mientras el rey vivía en la opulencia. Como no podía ser de otra manera, este individuo tan desagradable fue, desde ese momento, el nuevo encargado de dirigir los designios del país entre los dos mares. Lo primero que hizo fue elegir a un músico dodecafónico para que compusiera el himno nacional, cosa de la que, aunque parezca increíble, carecía el país. Y ade-

más fue él mismo el que escribió su letra que, como la de todos los himnos, hablaba de gloria, victoria, memoria y muchas otras palabras acabadas en *oria*. También dio al país una constitución con un solo artículo que, a su vez, solamente contenía cinco palabras. Eran éstas: *EL REY AQUÍ SOY YO*.

Hay que resaltar que fue durante el gobierno de este monarca cuando las selecciones nacionales de los principales deportes del país comenzaron a ganar trofeos. Esto ponía muy contento a Su Majestad, porque le gustaba aparecer en la foto junto a los campeones y soltar discursos panegíricos en loor de este o este otro atleta. No sé si será cosa del destino o de algún tipo de maldición arcana, pero el día en que la vida de este rey acabó, acabó también la racha victoriosa de los equipos patrios.

La muerte de este monarca es aún hoy un misterio, pues cuando Hermes vino a por él, lo encontró tendido en el suelo del salón del palacio, con la barriga hinchada como si de un hidrópico se tratase. Los médicos no supieron la causa. No dejó esposa ni hijos. Al pobre no le dio tiempo a tenerlos.

Lo que sí se sabe es que su sucesor no era varón. Hartos de tanto trajín regio, el pueblo decidió subir al trono a una mujer, para ver si así se encontraba la tan anhelada estabilidad. Pero de nuevo fuimos perjudicados por los deseos de Fortuna. Esta buena señora decidió cambiar toda la decoración del palacio en el que ella y los suyos se alojaban. Los salones dejaron de ser los de antaño para convertirse en funcionales paradigmas del *new design*. Las ampulosas balaustradas que circundaban el edificio se transformaron en sobrias vallas de metal, de las que pendían macetas con petunias, rosas y gladiolos. Aquello ya no era un palacio monárquico sino una simple casita de campo digna de un burgués latifundista. Y, por la misma razón, la reina había dejado de ser reina para pasar a convertirse en una ama de casa esclava de la moda *kitsch* y el diseño vanguardista.

De manera que había que buscar un nuevo rey, el que a la postre sería el undécimo y último antes de la debacle. Se trataba del hermano menor del octavo monarca, aquel que tuvo que exiliarse junto con su familia y de cuya vida os he hablado antes. Este hombre se convirtió en rey sin el apoyo del pueblo, y por eso lo primero que hizo fue tratar de ganarse su confianza. Con ese propósito decidió enviar emisarios para que fueran por los hogares, donde los ciudadanos les dirían qué asunto era el que más les preocupaba con relación a la vida social o política del Estado. Cuando se logró interrogar a los cientos de millones de nativos, el rey llevó a cabo sus reformas de manera eficaz. Sin embargo, el ánimo del pueblo llano a veces es insaciable y por ello, al poco tiempo de que su rey les diera lo que ellos le habían pedido, ya estaban de nuevo insatisfechos. Así que se volvió a repetir la operación: otra vez las preguntas, otra vez las respuestas, otra vez el jaleo. Nuevamente las reformas y nuevamente las quejas.

Éste fue el motivo que le llevó a Su Majestad, cansado de soportar manifestaciones y protestas por parte de sus displicentes súbditos, a abdicar del trono en favor de su sucesor: el rey número doce, que pasaría a la historia por ser el último soberano de este reino entre dos mares.

Y es que lo que ocurrió durante el gobierno del duodécimo monarca fue desastroso. Fue algo que cambió para siempre el rumbo de esta pequeña península de la que os hablo. Después de que el soberano llenase el país de bibliotecas, universidades y colegios para que el pueblo lograra alcanzar la verdad; después de levantar aeropuertos, carreteras y vías de ferrocarril que atravesaban todo el Estado; después de crear teatros, auditorios y cines donde se representaban las más grandiosas creaciones del insondable intelecto humano; después, digo, de darles a sus fieles lo suficiente y necesario para ser individuos dignos llegó la República, la maldita República, que terminó con la monarquía para siempre.

Y nadie quiso volver a saber nada de testas coronadas en este país rodeado de agua. Hoy día es una república próspera, un fanal para las naciones que lo circundan. Pero hace poco tuvo doce reyes.

Y de todos ellos, al que yo mejor recuerdo es al último, sobre todo porque ahora es mi vecino y solemos mantener conversaciones distendidas cuando ambos coincidimos en el balcón, casi siempre por motivos distintos: yo salgo a fumar y él a regar sus hortensias. Entonces es cuando se destapa como Afrodita y me confiesa su solitaria tristeza. «Yo fui un gran rey», suele decirme. «Yo pude haber sido un monarca magnífico. Le di a mi pueblo todo aquello de lo que yo carecí. Y me remuneró con el oprobio. Ahora sólo soy un ciudadano más, un individuo entre la masa. Y todo porque tenía algo que los demás monarcas nunca tuvieron, algo que esta gente desprecia, porque está acostumbrada a no tenerlo. Algo que sólo unos pocos poseen y que es como un tesoro entre la mugre, y por eso fui envidiado.» Y se para.

Luego continúa: «Yo tenía principios, coherencia en el pensar, independencia en mis juicios, dignidad humana por la que responder. No me dejé influir por nada ni por nadie, nunca. Yo tuve SENSATEZ, amigo mío. Por eso fui un gran rey.»

Y una lágrima cae, inevitablemente, de sus pequeños y alegres ojos marrones.

*A Manu, con la esperanza
de que su futuro sea próspero*